

Historia del Calvario de Pontchâteau

Como preámbulo a la asombrosa historia del Calvario de Pontchâteau, es bueno relatar una tradición oral transmitida de generaciones en generaciones.

Un día, el 31 de enero de 1673, pasó algo en este lugar. Unas cruces luminosas, rodeadas de estandartes aparecieron en el cielo, un ruido terrible se oyó. Los rebaños que pasaban en la landa se fugaron, espantados. Durante una hora, unos cantos echaron el asombro y el misterio en las granjas vecinas... Ese día nació en Montfort-la-Canne, hoy Montfort-sur-Meu, que la Iglesia llama con el hermoso nombre de Heraldo de la Cruz, Luis María Grignon de Montfort, que al pueblo le gustará "llamar "el buen Padre de Montfort".

Todo comenzó el 1º de mayo de 1709, bajo el reinado de Luis XIV.

Al final de la misión que acaba de dar en Pontchâteau, el Padre de Montfort – tenía 36 años – propuso a la parroquia entusiasmada un contrato de alianza y el establecimiento de un Calvario monumental. Esta idea de construir un calvario grandioso, Montfort lo tenía en la cabeza desde hace mucho tiempo. Tenía por otra parte en su "equipaje" de misionero un magnífico Cristo de 2 metros.

El emplazamiento que se eligió definitivamente se situaba en la landa de la Magdalena, donde se encontraba antiguamente la leprosería del Puente (así se llamaba Pontchâteau antes de la revolución).

En algunos escritos, se anota que Montfort había pensado construir su Calvario en Sainte Reine de Bretagne. Podemos imaginar que los primeros golpes de picos se dieron en lo que era solo un pequeño pueblo. Tenemos que relatar aquí una hermosa leyenda que cuenta que cuando el montículo de tierra empezó a elevarse, los voluntarios observaron que con regularidad dos pequeñas palomas venían a tomar tierra con su pico. Extrañados por este va y viene de los volátiles, siguieron su trayecto y vieron con estupefacción que depositaban meticulosamente su precioso bocado en la landa de la Magdalena. Montfort vio allí un signo de la Providencia y decidió que su proyecto se realizaría en este lugar. "¡Hagamos un calvario aquí, hagamos un calvario!"

Sea lo que sea, de octubre de 1709 a septiembre de 1710, miles y miles de trabajadores voluntarios venidos de la región, e incluso de España y de los Flandes (sin duda unos peregrinos que iban hacia algún santuario celebre) levantaron para la gloria de la cruz de Cristo, un monumento que parecía desafiar el tiempo.

Un colaborador del Padre de Montfort, el Padre Olivier da testimonio: "He visto generalmente 4 a 500 personas trabajar junto. Unos cavaban la tierra, otros la cargaban, otros la llevaban en unos cuévanos. He contado hasta 100 pares de bueyes para tirar de las carretas. He visto sacar de los fosos unas piedras que pesaban hasta los 800 kilos. He visto todo tipo de gente trabajar en estas excavaciones. Unos Señores, unas Señoras de calidad, e incluso unos sacerdotes, que llevaban la tierra por devoción. He visto unos pueblos venir de todas partes, incluso de España y de Flandes...". ¡Canticos y "Dios te salve" ritmaban el trabajo de estos "nuevos cruzados"! Montfort seguía mientras tanto predicando misiones en la región. Venía cada semana visitar la obra y animar a sus trabajadores.

Montfort quiso visualizar con figuras, incluso representaciones bíblicas, el Jardín del Edén, el Jardín de la Agonía... Pero lo esencial del mensaje es más profundo.

a) El gran apóstol de María no podía olvidar aquí su devoción favorita, la del Rosario. A los pilares que remataban la pared de la plataforma, hizo atar un inmenso rosario cuyos granos tenían el grosor de una bala de cañón de medio calibre, y que, cayendo en guirlanda de un pilar a otro, rodeaba la cima del Calvario.

b) En el camino de ronda, al pie de la montaña, reprodujo bajo los misterios del rosario. Plantó a distancias iguales 150 pinos que figuraban los "Dios te salve"; Después de cada decenas se elevaba un ciprés que indicaba el "Padre nuestro", de manera que los peregrinos podían, caminando, rezar el Rosario entero, ajustarse a los árboles que se habían plantado.

c) El "Buen Padre de Montfort" como les gustaban llamarle los voluntarios, quería además construir 15 capillas en las cuales debían ser representadas con figura de tamaño natural, los misterios del Rosario.

La bendición solemne fue fijada por el misionero el 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, comúnmente llamada fiesta de la Cruz Gloriosa.

"Las aldeas vecinas de Pontchâteau rebosaban de peregrinos. Nada fue dejado a la improvisación. Cuatro predicadores con fama fueron designados para "predicar en las cuatro esquinas"; el recorrido de la procesión estaba trazado minuciosamente, las horas de las ceremonias fijadas, todo el programa de la jornada establecido con precisión. El apóstol poeta había compuesto para la circunstancia uno de sus bellos cánticos:

¡Queridos amigos, saltemos alegres!
¡Hermanos, tenemos en casa el Calvario!
¡Corramos, en alas de amor generosos,
a Cristo inmolado para darnos la vida!

El 13 por la tarde, 20.000 peregrinos afluían de todas partes – país de Nantes, de Bretaña, de Anjeo y de Poitiers. La familia del Sr Grignon, bajo la batuta de su padre mayor, había acudido desde la región de Rennes.

Hacia las 4 de la tarde, un párroco vecino llega, portador de un escrito de Mons. Gilles de Bauveau, obispo de Nantes, haciendo saber al Padre de Montfort que un Interdicto venido de Versalles ordenaba que todo lo que había sido hecho fuera destruido.

"Su Majestad – Luis XIV – habiendo sabido que este Calvario era propio a dar asilo a gente de mala voluntad en vez de entretener la devoción del pueblo, me ha ordenado (el obispo) escribirle que todo lo que había sido hecho fuera destruido, los fosos tapados, las cruces y otras figuras suprimidas."

El motivo del Interdicto era en realidad muy diferente: era la venganza de un cierto senescal de la Chauvelière, representante del duque de Coislin, indignado por lo que había pasado recientemente en la iglesia de Campbon, donde la colgadura fúnebre y las tumbas señoriales habían sido, bajo la orden de Montfort, desposeídas de sus privilegios.

En seguida el Padre de Montfort se pone en camino a pie a Nantes, queriendo intentar explicarse de viva voz con el Obispo, con la esperanza que nos se rechazaría la autorización. Llega a Nantes hacia las 6 horas de la mañana; se presenta ante el obispo. ¡Por desgracia! Sin obtener nada: la decisión de Mons. De Bauveau es irrevocable.

El 14 de septiembre, mientras que Luis María, el alma enlutada en su resignación, tomaba algunas fuerzas antes de volver, en la landa de la Magdalena se desarrollaba su programa de fiesta: Misas, cánticos, procesiones, ceremonias diversas, glorificaban la Cruz del Salvador; El héroe de la fiesta faltaba. Volvió solo el 15 de septiembre, un poco antes de mediodía. Una gran parte de la muchedumbre aún estaba allí; Solo pudo confirmar la terrible noticia.

Montfort solo soñaba continuar el trabajo de las misiones. Pues el domingo siguiente, abría una misión en Saint Molf, en la península de Guérande. Ahora bien, en la primera semana, el Sr. Olivier llega a saint Molf, portador de otro pliego del obispo destinado a Montfort. En algunas palabras, el obispo de Nantes prohíbe a Montfort el ministerio de la predicación y de la confesión en toda su diócesis. El Sr. de Montfort al leer este pliego lloró; Fue una de las más amargas decepciones de su vida.

La misión de derribar el Calvario fue confiada al Sr. de l'Espinasse, comandante de una compañía de soldados, enviada a Pontchâteau para ejecutar la orden real de derribo.

El Sr. de l'Espinasse requisó a unos 500 campesinos de los alrededores que rechazaron hacer esta tarea durante dos días. Bajaron el Cristo solo cuando vieron al jefe de la milicia tomar una sierra para hacer caer la Cruz y quebrar el hermoso Cristo del Padre de Montfort. Pusieron las estatuas en seguridad en Pontchâteau. Se dio largas en el derribo.

En tres meses la montaña está arrasada a media; no pasa de ahí...

En **1747**, los sucesores del P. de Montfort, bajo el mando del P. Audubon y con el apoyo de

Luis Bourbon, duque de Penthièvre, emprenden restaurar el calvario. Se chocan a las mismas dificultades que Montfort 37 años antes. Sin embargo, una capilla se construye al pie del Calvario.

1783 – Nueva misión predicada por los hijos de Montfort en Pontchâteau. Se procede a algunos trabajos y se planta tres cruces.

Diez años más tarde, una noche de 1793, después de la batalla de Savenay, se saquea el Calvario, la capilla de la Magdalena incendiada, las cruces y las estatuas quemadas. Felizmente, el Cristo del Padre de Montfort está escondido en San Lorenzo de Sevre desde 1948, escapa una vez más a la destrucción.

La primera restauración del Calvario es de **1821**. A esta época, el párroco de Pontchâteau era el abate **Gouray**, hijo de Sainte Reine de Bretagne. Fiel a la memoria y al pensamiento del Padre de Montfort, emprende grandes obras para reconstruir el Calvario y la capillita incendiada en **1793**. Se cifró a 17.035 el número de jornadas de trabajo proporcionado voluntariamente en esta ocasión. El 23 de noviembre de **1821**, Monseñor de Andigné, obispo de Nantes, rodeado de 20.000 peregrinos y de la Guardia Nacional, venía a bendecir solemnemente estos dos monumentos de la piedad popular.

Sin embargo, el Calvario tal como se ve hoy tardó aun mucho tiempo para ser terminado. 70 años después del esfuerzo extraordinario del Sr. **Gouray**, una nueva levantada en masa de trabajadores movió el país de Nantes entre el Loira y la Vilaine, y más allá. Persiguiendo la idea del Padre de Montfort, uno de sus hijos espirituales, el **P. Jacques Barré**, proyectó trasladar en Francia una especie de "Tierra Santa", evocando en un parque de 14 hectáreas los misterios de la vida de Cristo. Tuvo la suerte de encontrar en un viajero de Tierra Santa, antiguo oficial de los Zuavos pontificales, el Sr. Gerbaud, el consejero y el arquitecto avisado que necesitaba. Durante 25 años, sobre todo del 10 de diciembre **1891** al 24 de junio de **1899**, bajo el impulso de este hombre extraordinario que fue el Padre **Barré**, unos equipos de voluntarios se sucedieron en esta grandísima obra. Un día de **1897**, se ha contado en el terreno a 1.200 voluntarios repartidos en 5 equipos. Fue la jornada de los Miles.

150 parroquias, más de 120.000 jornadas de trabajo. Epopeya religiosa de un ejército pacífico cuyas armas eran el pico, la pala, el cuévano o, más rareza, la herramienta de obra, la polea potente que permitía el traslado de las estatuas y de las cruces.

Recordemos aquí una fecha importante, la del 24 de junio de **1899**. Era la inauguración solemne del Vía Crucis por el Cardenal Richard, arzobispo de París. Más de 50.000 peregrinos se apretujaban, mangas desplegadas, delante de la Scala Sancta.

Más magnífico fue aun el apoteosis de junio de **1948**. El nuncio apostólico en Francia, Monseñor Roncalli, futuro Papa Juan XXIII, había aceptado presidir en el Calvario las fiestas de la canonización de San Luis María Grignon de Montfort. Una inmensa muchedumbre de 100.000 a 200.000 personas se extendía entre la Scala Sancta y el Calvario.

Otro discípulo de san Luis María de Montfort, el **Padre Daniel**, hizo salir de tierra otros monumentos, como el "Templo de Jerusalén", con sus pinturas murales que evocan diversas escenas evangélicas.

Salido de la meditación y de la voluntad de un "Santo de entre nosotros", el Calvario de Pontchâteau es la obra de todo un pueblo cristiano, y por eso, le pertenece como su heredad y el símbolo de su honor.